

ANTROPOLOGIA DE LA CONSTITUCION DEL MUNDO

Curso universitario del profesor Cencillo

Presentar una visión de la realidad y de la inserción del hombre en el mundo, lo más densa, completa e interrelacionadamente posible para tratar de superar las limitaciones de la ciencia y de la mentalidad actuales, que todavía siguen viviendo de la visión substancialista y aristotélica del mundo griego, ha sido el objetivo del Curso que el pasado mes de enero impartió en la sede de la Fundación el profesor don Luis Cencillo sobre el tema general *Antropología de la constitución del mundo*. A lo largo de cuatro lecciones, el profesor abordó los temas siguientes: «La realidad del mundo como proceso y sus niveles»; «Comunicación, significado y lenguaje»; «Formalización y desformalización del mundo»; y «Praxis y futuro». Ofrecemos un resumen de sus intervenciones.

De las diversas definiciones existentes del mundo, la más importante, y de la que vamos a partir nosotros, es la que ve el mundo como la resultante de un montaje informático continuado. En la constitución del mundo intervienen una serie de zonas y niveles de elementos, de los cuales vamos a destacar la *praxis*, que engloba la esfera de las vivencias, acciones y relaciones. En nuestros días asistimos a una revolución de las categorías: ya no bastan los elementos simples, las moléculas o las leyes inmutables de la naturaleza para configurar la base de la constitución del mundo, y hemos de acudir a unas dimensiones mucho más complejas que, concatenadas, puedan servir de fundamento para una formalización sistematizada del mundo. El hombre no se encuentra en su mundo, tal como pretendieron explicar los enciclope-



Don Luis Cencillo es Profesor Agregado de Historia de los Sistemas Filosóficos y Antropología de la Universidad Complutense. Doctor en Filología Clásica, Licenciado en Derecho y Doctor en Teología. Dirige el Centro de Investigación Didáctica y Ajuste de Personalidad, fundado por él en 1973. Ha escrito libros sobre filosofía, antropología y psicología, entre los que figuran *Mito, Semántica y Realidad* (1970), *El inconsciente* (1973), *Terapia, lenguaje y sueño* (1973) y *Antropología cultural: factores psíquicos de la cultura* (1976).

distas y positivistas, como un trozo más de naturaleza caído en un paisaje. En cuanto especie humana, él es el productor de su propio mundo y esa producción marcha al unísono con la realización de la especie y del individuo.

En la constitución del mundo intervienen los siguientes *niveles* de elementos: 1.º *Nivel energético*, que la misma física considera inaccesible a la percepción, al menos la natural, sin ayuda de medios artificiales; 2.º *Nivel procesual*: todas las sustancias y objetos se hallan integrados en procesos; 3.º *Nivel axial o de valor*: toda experiencia de cualquier miembro de la especie humana viene determinada por valores (todo se mueve por las dimensiones del gusto, del poder, la utilidad, etc.); 4.º *Ni-*

vel formal: las estructuras, ya inducidas, ya espontáneas (los sistemas institucionales, las estructuras de situación, de comunicación, etc.); y 5.º *Nivel de sistemas paradigmáticos*, que constituye la verdadera base del mundo humano: el lenguaje, los distintos sistemas científicos, jurídicos y económicos, las técnicas... Así vemos cómo sobre una primera base energética no perceptible, existe toda una serie de elementos que no son de carácter físico ni arbitrario, sino objetivos y culturales.

Todos los intentos de explicación de fenómenos tales como la sexualidad, el arte, la ética, etc. que reducen a éstos a meras secreciones hormonales o pura dietética, son trabajo perdido. Es evidente que el mundo humano se organiza sobre la base de la energía física nuclear, *por* y *para* sujetos físicos dotados de pulsiones inconscientes (ideas, agresividad, necesidades, etc.), pero la categoría que preside el mundo reside en el nivel de sistemas paradigmáticos, de los cuales el más importante es el lenguaje, que sigue siendo un mistero tanto para antropólogos como para lingüistas, y que mediatiza nuestra praxis y visión del mundo. Las lenguas, según los diversos troncos de que proceden, van estructurando y repartiendo nuestros conceptos de la realidad de forma distinta.

COMUNICACION, SIGNIFICADO Y LENGUAJE

Una vez definido el mundo como el producto de una serie de factores, podemos distinguir en éstos cuatro niveles: procesos de comunicación, una serie de factores semánticos o de significación que crean las colectividades; unos cauces institucionales que modulan la praxis; y los sistemas lógicos de referencia. El mundo es comunicacional, producto dialéctico de un proceso de comunicación entre grupos humanos, y entre grupos e individuos, para crear unos campos de vigencia en las que ciertas actitudes se imponen y otras se excluyen. Mediante ellos se van creando unos nuevos canales de ampliación de la visión de la especie. A este aspecto lo llamamos *praxis*.

Por tanto, el hombre es un viviente práctico, es decir, capaz de transformar de una forma total la realidad, y en ello se diferencia de las demás especies animales. No se adapta al medio sino que adapta éste a sus necesidades, y más aún, a sus fantasías. En esto último reside su capacidad de simbolización, por la cual subordina lo que es a lo que aún no es y no se sabe todavía lo que pueda ser. Y es práctico porque es hermenéutico: puede construir sistemas de referencia. Nos podemos comunicar porque construimos sistemas traducidos a signos verbales, que, al irse concatenando, han ido creando todo ese esquema que constituye la cultura.

En general, las teorías del lenguaje suelen confundir, en mi opinión, lo más externo con lo más constitutivo: el *signo*, es decir, el hecho social de la comunicación. Nosotros definiremos el lenguaje como la mediación trascendental (por cuanto atraviesa todos los niveles de la realidad) entre lo más pulsional del inconsciente, lo emocional del subconsciente y lo lógico del consciente. Establece una conexión dinámica y dialéctica entre los distintos niveles de la realidad y él mismo se funde con el mundo para darle su consistencia real. No hay que concebir, pues, la racionalidad humana sino como una especie de clima objetivo, no subjetivo, que se materializa en los sistemas de comunicación (la lengua) y de formalización (la ciencia).

¿De qué se compone el lenguaje? El lenguaje es un cuerpo de signos constituido por fenómenos fonéticos, gráficos y gestuales. Posee una vigencia social, que es lo que da validez a una lengua, y un dinamismo articulado gramatical. En cuanto a su sistematicidad, está constituido por códigos expresivos, por una normación gramatical y unos sistemas lógicos; y por unas cadenas semánticas en un sistema total de circularidad. Junto a ello, están los elementos suplementarios emocionales (afectivos, expresivos) y toda una serie de investigaciones simbólico-fantasmáticas. Así se explica la especial importancia y carga semántica que han adquirido hoy palabras como «libertad», «amnistía», etc. en nuestra sociedad.

Finalmente, el fondo potencial ge-

neral de significación constituye la base de la mente humana. Por tanto, el origen de los significados de las lenguas no son nunca los objetos reales —como sostiene Wittgenstein—, ya que los términos del lenguaje nunca son unívocos sino polisémicos. Cada semantema es un haz de múltiples posibilidades de significación, que se concretan cuando son limitadas por otros: el término *árbol* puede ser «árbol genealógico», «árbol frutal», «árbol de la ciencia», etc. Por ello el neopositivismo lógico, en mi opinión, confunde la verdad con el significado, al no distinguir los significados de su inmanente concatenación semántica.

HACIA LA DESPERSONALIZACION

Vemos cómo el mundo es constitutivamente un proceso de procesos interrelacionados sistemáticamente, en continua formalización y desformalización y en relación dialéctica. La praxis no sigue un proceso lineal, sino espiral, con constantes recombinaciones de elementos del pasado y anticipación del futuro. Como antropólogos, el sentido de esa praxis es para nosotros la autoexpresión de la especie humana en cuanto creativamente superadora de algo dado y transformadora del mundo. Se caracteriza así la especie humana por un desfondamiento creador. Como especie biológica, se halla en equilibrio inestable entre polaridades contradictorias. Y ello es lo que no le permite alcanzar el estado de felicidad absoluta y lo que explica la enorme diversidad y dispersión de sistemas lógicos, filosóficos, estéticos, políticos, etcétera.

Esa dinámica creadora de la especie humana procede del desfondamiento radical de la vivencia del tiempo, de la triple dimensión pasado-presente-futuro: el tiempo es dejar de ser algo para llegar a ser lo que no se es (el futuro). Realizarse es, pues, estar muriendo cada día para nacer a otra cosa. De ahí que el futuro resulte no pocas veces desazonante y, por otro lado, prometedor. No vivimos en el presente sino para

el futuro, y es en función de éste, de su anticipación incluso utópica, como han ido surgiendo los grandes sistemas y visiones que han revolucionado el mundo.

EL FUTURO MUNDIAL

Nuestro futuro mundial está ensombrecido por un mal histórico que quizá no sea ya tanto la injusticia, sino la despersonalización. El desfondamiento que ha servido de estímulo creador, nos llevará a una masificación uniforme para toda la tierra, donde naufragará la creatividad y libertad de opción personal. En este aspecto, la negritud y muchos pueblos del Tercer Mundo ofrecen grandes reservas psicológicas insospechadas. No se trata de volver al «buen salvaje» —la historia es irreversible— pero sí habrá que tener en cuenta que el protagonismo técnico, histórico y cultural ha de ir pasando de unas manos a otras, y que las manos occidentales están ya demasiadas cansadas. Una mayor riqueza en creencias, vivencias e ideologías, aunque sean simbólicas, nos puede venir de esos pueblos prácticamente vírgenes culturalmente. Ellos tienen poca técnica pero al servicio de una realidad muy total, aunque sea mítica; mientras que la humanidad occidental ha perdido la capacidad perceptiva de otras realidades.

Puede decirse que aumentará la diferencia entre el hombre-masa y la persona liberada. Una «élite», integrada por su tipo humano más maduro y reflexivo, el «superhombre» (no en el sentido nietzscheano sino en el del humanismo clásico) surgirá de esa masa uniforme y mecánica. A fin de cuentas, improvisar constantemente nuevas formas de humanidad es el destino del hombre; y la felicidad no está exenta de problematización, sino que reside más bien en un cierto grado de humildad que permita seguir luchando por la propia realización, manteniendo una densidad de vida mental e interior suficiente para no dejarse atrofiar por la masificación ni recortarse otras posibilidades humanas. Estando, en definitiva, en armonía y coherencia con el mundo.